



FORTALEZA DE LA LUZ

En los jardines que anteceden al Muelle Pesquero del Puerto de Las Palmas de Gran Canaria se levanta una fortaleza del siglo XV que durante varias centurias defendió la bahía de la Luz. En la actualidad se encuentra emplazada dentro del perímetro urbano de esta capital, pero durante mucho tiempo su ubicación estuvo varios kilómetros alejada del casco histórico de Las Palmas. La vieja fortaleza se había cimentado sobre un arrecife en el litoral sur de la península de la Isleta y en la pleamar quedaba rodeada por las aguas. Su actual presencia en el Puerto de la Luz nos recuerda hoy una parte de la

historia de Las Palmas y de su puerto: la de las batallas navales y las luchas heroicas de los habitantes de la entonces pequeña ciudad frente a poderosas flotas extranjeras.

Fue esta la primera fortaleza que se construyó en Canarias después de la conquista castellana. Edificada en 1494, siendo gobernador y justicia mayor de Gran Canaria Alonso Fajardo, marqués de Vélez, en su origen era un sólido fortín de planta cuadrangular, dotado de una plataforma para la artillería. Posiblemente se situó en el mismo emplazamiento que tuvo la cimentación de una modesta torre iniciada por las fuerzas de Juan Rejón, fundador

de Las Palmas, tras su desembarco en aquel lugar en el año 1478. La actual ubicación del Castillo de la Luz o fortaleza de las Isletas es la que tuvo desde su edificación, aunque la fábrica fue ampliada y mejorada en reformas sucesivas.

Los muros de la fortaleza se construyeron de sillería amarilla. El dibujo de su planta realizado en 1590 por el ingeniero Leonardo Torriani, el diseño que nos dejó el también ingeniero de fortificaciones Próspero Casola (1595) y los detallados planos del historiador Pedro Agustín del Castillo (1686), permiten tener una exacta descripción del castillo y de sus dependencias en los siglos XVI y XVII.

Del lado de tierra se hallaba la puerta de entrada, con una antepuerta y una contrapuerta, situadas en línea diferente y con acceso muy estrecho para dificultar la penetración de los atacantes. En la planta baja había un patio -situado a la izquierda de la entrada-, así como la caballeriza, el pajar, un aljibe alimentado por una cañería y un terraplén. Una escalera llevaba a la segunda planta, que comprendía la sala o dependencia del alcaide, cocina, despensa y brocal del aljibe. La última planta o azotea la ocupaba la plaza de armas, destinada al emplazamiento de la artillería, protegida por un parapeto de piedra en la parte que miraba al mar. También la parte que daba a tierra tenía su muralla protectora con troneras para la artillería y arcabucería. En dos ángulos opuestos de la fortaleza se construyeron dos cubelos en el año 1553, mientras que en otra esquina había una garita o cubelillo para alojamiento de los centinelas. La entrada a los cubelos se hacía bajando por dos escotillas situadas en la plaza o plataforma alta. Ambos tenían dos troneras abiertas hacia el mar, para la colocación de piezas de artillería. Desde la plataforma se podía atacara los invasores que hubiesen podido llegar hasta la entrada, para lo cual se disponía de un amplio hueco o jareta que coincidía con el espacio existente entre la puerta y la contrapuerta. Toda la parte de la fortaleza no ocupada por las citadas dependencias se



hallaba terraplenada. Prácticamente, sobre este terraplén se había colocado la mayor parte del piso de la plaza de armas.

Su guarnición estaba integrada por cincuenta hombres, en las situaciones de alarma. Constituían la guarnición fija seis artilleros pagados por el Cabildo de la isla, bajo el mando del alcaide. A fines del siglo XVI, su dotación de artillería la componían once piezas, entre ellas cinco cañones, tres sacres y una culebrina.

Durante muchos decenios fue la única defensa que tuvo el Puerto de la Luz y la ciudad de Las Palmas, pues hasta muy avanzada la segunda mitad del siglo XVI no se iniciaron las obras de fortificación de la ciudad, a la que se dotó con los torreones de Santa Catalina, Santa Ana, San Pedro o San Cristóbal y el Castillo de San Francisco, además de dos lienzos amurallados en los límites norte y sur del casco urbano.

Ya desde el primer cuarto del siglo XVI la fortaleza de las Isletas hubo de cumplir su misión defensiva en episodios poco conocidos, como, por ejemplo, la presencia del corsario francés Jean Fleury en el bahía de la Luz en el año 1522. Hacia la mitad del siglo es cuando comienzan a producirse serias situaciones de alarma en ocasión de las guerras de España con Francia y del amenazante poderío de los Jarifes en la costa africana, así como, más tarde, las guerras con Inglaterra y con Holanda, en el desafío que este último país lanzó para independizarse del dominio Español.

Los intentos de asedio a Las Palmas y el papel jugado por el Castillo de la Luz han sido magníficamente descritos y documentados por el historiador Antonio Rumeu de Armas en su obra "Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias", quien, además de las noticias dejadas por historiadores canarios de los siglos XVII y XVIII (Sosa, Pedro Agustín del Castillo, Viera y Calvijo y otros) ha aportado un gran caudal de documentación hasta entonces inédita.

Podemos decir que la más conocida singladura histórica de la fortaleza se inicia en octubre de 1543, cuando se produce el





ataque de Jean Alfonse de Santouinge a tres carabelas cargadas de azúcar en la bahía de la Luz. Los franceses se apoderaron del castillo por sorpresa y luego rindieron a las carabelas. Dos años más tarde, en el otoño de 1553, un ataque de otra escuadra francesa fue rechazado por los cañones de la fortaleza.

Sin embargo, el Castillo de la Luz no desempeñó una acción brillante en los dos más importantes ataques navales sufridos por la ciudad de Las Palmas a lo largo de su historia. En octubre de 1595 la escuadra inglesa combinada de Francis Drake y John Hawkins intentó tomar Las Palmas. Las naves y las numerosas lanchas atacantes pretendieron desembarcar en el istmo de Santa Catalina. Los sucesivos ataques y tentativas de desembarco fueron rechazados por la artillería de campo situada en aquella zona y más por los disparos del fuerte de Santa Ana y de las trincheras emplazadas en Santa Catalina que por los del de las Isletas. Sus cañones sólo entraron en fuego en contadas ocasiones, como consecuencia de la decisión de su alcaide, Serafín Cairasco, de ahorrar al máximo pólvora y munición, a pesar de que la fortaleza estaba bien dotada de éstas. Solamente

en una ocasión uno de los disparos lanzados desde la plataforma del Castillo acertó a dar a uno de los navíos ingleses. Luego guardaron un silencio total. Sin embargo la tentativa de la escuadra inglesa no tuvo éxito. Sus naves derivaron luego hacia el sur de Gran Canaria, siguiendo hacia el Caribe, en donde Hawkins y Drake morirían a causa de las fiebres y la disentería.

Mucho más lamentable fue la actuación del alcaide Antonio Joven con motivo del ataque de la escuadra de los Países Bajos mandada por Van der Does, en 1599. En la mañana del 26 de junio de ese año 74 navíos holandeses se situaron en la bahía de Las Palmas. Cuando aquéllos se encontraban a distancia de tiro, los cañones de la fortaleza iniciaron un intenso fuego, incendiando uno de los buques almirantes y produciendo importantes daños en otros muchos, así como bajas entre los atacantes. Esta acción suscitó la respuesta de la armada holandesa, que hizo a la fortaleza blanco de sus disparos. Ello acobardó al alcaide, que, estimando inútil toda resistencia ante fuerza militar tan poderosa, ordenó desalojar la plaza de armas y decidió cesar el fuego. Así, la

escuadra pudo acercarse a tierra y desembarcar. Más tarde, el alcaide, con los 58 hombres de su guarnición - dos habían muerto en el ataque - se rindió a los hombres de Van der Does, que muy superiores en número a los defensores, tomaron Las Palmas después de durísimos combates, ocupándola durante seis días y saqueándola antes de abandonarla. Con posterioridad, la escuadra holandesa atacó e incendió San Sebastián de la Gomera, siguiendo después hacia las colonias americanas. Al igual que anteriormente Drake y Hawkins, Van der Does murió en la expedición, y también buena parte de su ejército, que ya en Gran Canaria tuvo un número elevadísimo de bajas.

La fortaleza de la Luz siguió desempeñando sus funciones defensivas en los siglos siguientes, hasta que los cambios en el mundo internacional le hicieron, ya en el siglo XIX, abandonar este papel. Durante todos esos siglos, cerca del vetusto Castillo se encontraba la ermita de Nuestra Señora de la Luz y un bodegón, que en el siglo pasado desempeñaba las funciones de fonda para quienes acudían al Puerto. Con el crecimiento de la ciudad y el desarrollo de la zona portuaria, la fortaleza comenzó a verse rodeada de viviendas, almacenes y factorías. Durante muchos años permaneció en estado de semiabandono. En 1941 fue declarado el Castillo de la Luz monumento histórico nacional. Al construirse el Muelle Pesquero, quedó incrustado en tierra adentro, olvidando su antigua situación de avanzada sobre el mar. En los años setenta el Castillo ha sido magníficamente restaurado por la Dirección General de Bellas Artes. En la restauración se ganó todo el antiguo espacio terraplenado y sus viejas dependencias interiores han sido dispuestas para la visita del público, que puede acceder a ellas a través del antiguo puente levadizo que cruza un pequeño foso. El Castillo de la Luz es el más antiguo monumento histórico de Las Palmas de Gran Canaria y en la actualidad desempeña las funciones de un centro cultural en el que se ofrecen exposiciones de arte, conciertos, ballets y conferencias.